

Esto es: brusco como el hombre... y suave como el poeta.
Y sabe ser sincero cuando ofrenda a Gabriel Miró:

Dentro ya de muy poco me quedaré parado
con la rosa del aire congelada en mi aliento.
No tendrán más remedio que forzarme el costado:
prisionero en mi carne llevo mi testamento.

Y demos, para final, dos muestras de este otro tema que la Mancha, y, más concretamente, Valdepeñas, ofrece al poeta en su vendimia:

Llegó Dios y cortó. Busquéme arrimo.
Rodé por el lagar. Manché mi frente.
Ya soy llama de un mosto en el relente
de un vaso que me doma con su mimo.

Dos uvas me quedaron del racimo,
dos uvas que se pasan dulcemente.
De mis ojos de ayer, ya solamente
dos recuerdos de agraz que empolvó el limo.

Fermento en fuerte hervor; pero me apago.
La tinaja del aire en donde yago
sé que quiere rajarse y no se raja.

Tú tan sólo, Bondad, puedes salvarme:
quítame cuanto pueda avinagrarme...
¡y hazme un cáliz de amor de mi tinaja!

Sea la última este otro «soneto de la tinaja al bebedor» de su *Trilogía del vino*:

El mosto es feto de mi vientre, y crece.
Nace en los gritos de la espita, y quema.
Por tí tonel minero, se hace gema,
gema de amor que por amor padece.

Termómetro del dedo, en él se mece
y abre un clavel de gozo por su yema.
Copla de mano a boca. Y más: diadema
de la boca a la sien, donde fenece...

Barro hermano de Aldonza, carne mía.
yo brindo en mi Toboso la alegría
de un bárbaro Velázquez, vaso a vaso.

Vente, buen bebedor, queda conmigo:
reclina bien tu sed sobre mi ombligo,
depúrate el volar... y enreda el paso...

CÁSTULO CARRASCO

MOMENTO DE VIDA

(CUENTO)

Por JESÚS DELGADO

“Si yo viniese de otra vida, procedo, sin duda, de alguna planta. De una planta de esas que se pegan a eternidades en la piedra. He gozado siempre de los rincones oscuros, donde quedaba hecho sombra húmeda, musgo. Era frecuente encontrarme en un rincón de la iglesia gozándome una humildad enfermiza, con escalofríos, llena de un cierto miedo donde el placer me resbalaba como agua por tejado.

Yo oía decir a mi madre: «este niño es un santito, donde lo pones se está»... «Y, se duerme el pobrecito, siempre en los rincones». A mi padre le quedaba otra por dentro: «este hijo mío está enfermo, ¡caray!, vaya si me gustaría que fuese travieso!»

Apenas tenía yo quince años cuando mi mayor entretenimiento—mi único, a decir verdad, entretenimiento—era soliquearme, si, la soledad ha sido todo para mí. Mi egoísmo y mi «novela». En ella he crecido sin dejar de pertenecerme—por eso ahora me parezco tanto a los retratos de mi infancia—llevando el tiempo fajado y justo.

Soñaba en dirigir orquestas fabulosas que hacían temblar de emoción a muchedumbres de selectos. ¡Cuántas veces saludaba después de una sinfonía sin par, desde el escenario al entusiasmo fervoroso del público? ¡Qué se yo! Otras veces me creía general que ganaba batalla tras batalla. Parece mentira que un chico bueno, como decían que era yo, se regodease entre ríos de sangre y montones de cadáveres de mis enemigos. Llegaba, a mi sueño, el triunfo y yo era el eje, el centro de la «Marcha triunfal», de Rubén Darío. Hasta torero que hacía a los toros faenas inverosímiles de garbo y esplendor. Y futbolista, y qué se yo cuantas cosas me pensaba...

Veinte años tendría cuando murieron mis padres, adquiriendo plena libertad mis movimientos, mis acciones. He pasado noches enteras en un castillo abandonado sintiéndome caballero, peregrino, pordiosero e, incluso, bruja. (Yo hubiese sido un gran novelista). En cierta época me dió por convertirme en fraile y entre las ruinas de un monasterio me rezaba constantes «morir habemos», paseando cada rayo de luna, cada sombra, cada segundo de tiempo. Conversaba con la araña, con el sapo, con el ciprés. Muchas cosas han dicho los poetas del ciprés. Desde que era el dedo que impone silencio hasta que era el lápiz del paisaje. Yo lo tomaba como llave de la tierra, como la llave de la sepultura. Mis manos—me preocuparon siempre mis manos desde que un día las encontré extrañas—acariaban la piedra como lagartos; a las yerbas, la besaban, se cruzaban ante mi pecho.

También me he refugiado entre encinas. He besado al cadáver de la luna y me he acostado en la tierra caliente.

He tenido—a pesar de estas múltiples facetas—un solo yo que no podía desprenderme, poner entre los dos, espacio, distancia, palabras. No era mi yo una piel más, era yo mismo. Quizás halla sido así—busco justificación—por tímido y sangre fría, como los reptiles. Yo me fortalecía, esta es la verdad, con mi soledad. «Cuántas veces estuve entre los hombres, volví menos hombre». ¿Acaso por temor a perder mi hombría? Eso no lo sé. «Oh soledad—decía Barrés—solo tú no me has envilecido». Ahora lo comprendo, solo tú, soledad, no me has envilecido.

* * *

Como siempre iba pensando, cuando oí gritar la advertencia:

—¿En qué va pensando, hombre!

¿En qué iría yo pensando? Me encontré, de pronto, en el suelo derribado, terriblemente hundido. Me di, eso sí, perfecta cuenta de que había sido atropellado por un automóvil. Tuve un momento en que no comprendía nada. No sabía si el suelo estaba cerca de mi boca, en mi boca o dentro de mi boca; si lo veía desde ésta o desde la otra vida. Algo sentí de mí que no pude recoger jamás, alzarlo conmigo. Tuve mucho sueño, un sueño atroz, horizontal y quise dormirlo. La mano tendida ante mi cara—era, como otras veces ajena a mí—no me pertenecía. Alguien me despertó. Debió ser un sueño de décimas de segundo. Me alzarón. Comprendí la diferencia de la vertical y la horizontal. Verticalmente no se muere. Ante mí ojos ávidos, bocas de gritos, bocas ahogadas, bocas y manos que luchaban por llegarme. «¿Querrán ahorcarme estas manos?» pensé.

No llegaba a ver nada completo. Eran cuadros cubistas. Los pintores cubistas harán sus cuadros, digo yo, después de un atropello semejante. Veía trozos de cosas, esquinas, bombilla, desgajadas caras con rasgos más que salientes solos. Medio carrillo, media barba, una boca pintada, uno saliéndose de su caricatura, un bigote, el gorro del guardia, un lunar, un diente podrido, un ojo lloroso... Estuve a punto de desvanecerme, todo me daba vueltas, alguien jugaba a la ruleta y yo era la bola. Después que me pasó el mareo sonaba mejor, como suena un cántaro vacío. ¿Quién me había sorbido el cerebro? El corazón era lo único que me sentía, que me quedaba. Pájaro asustado, loco me recorría las arterias, la garganta, aleteaba en mis sienes sin poder escaparse, desenfrenado, imposible.

—Vamos, no ha sido nada,—me decían sacudiendo mis ropas empolvadas. Oía comentarios, muchos comentarios que parecían abejas libándose.

—¡Ha nacido hoy!—, comentaba uno.

—(Ha sido un milagro)—, comentaba otro.

Todos decían:

—Acaba de nacer.

—Hoy ha nacido.

—(Acaba de nacer).

—(Hoy ha nacido).

—(Acaba de nacer).

Un guarda me tenía agarrado el brazo y tiraba de mí, quería arrancarme de la calle, de las miradas, de la gente, como se arranca la rama seca de un árbol. Fui teniendo conciencia de mi situación, de mi existencia; palpándome las caderas, las piernas, la cara. ¡Estaba en la vida! Pude andar, alejarme. Me pareció, cuando andaba calle abajo, que me desnudaba; era tanto el asombro que me vestía que llegaba ya a pesarme demasiado. Me quedaba de todo aquello, abejas. Abejas zumbándome: ¡acabas de nacer! acabas de nacer, (acabas de nacer).

* * *

«¿Será verdad que he nacido hoy?—me decía—¿Será cierto que hoy florece mi existencia en un nuevo vivir? Si es así debo tener cuidado de este ser que se me va y, sobre todo, del que acaba de venir suplantándome. Todos deben tener razón. ¡Ea, pues, a vivir! A vivir esta vida joven, latente, ancha, que me absorbe. Hoy es un buen día para nacer: Domingo de Ramos, ¡Adiós, soledad! ¡Adiós vida vieja, resabiada y cobarde! ¡Adiós, pensamientos como alas de murciélagos! ¡Adiós, espíritus tenebrosos de mi vida interior! Adiós a la comedia que representaba! ¡Señores, ha terminado la función, el telón acaba de caer!»

Ahora he de ir a por mi palma. Hoy es domingo de Ramos en un abril capaz de jugar con un entierro. Se terminaron los rincones, la humedad de la sombra; he de salir al sol. Soy un hombre nuevo, recién nacido. ¡Que bien sabe el aire empapado de luz, el aroma de la tierra florida, la desnudez de la flor, las lilas! Dios está metiendo la cara en las cosas, se le ve en todos los sitios. Voy a saciarme de vida...

Y, vino el amor. ¿Cómo fué? Cantaba todo. Yo me sentía estrecho para tanta dicha. Quería darme a algo. La alegría me rebosaba por cada poro de la piel. Una mirada, una sonrisa y, poco más, bastó. Mis manos tuvieron otras manos, mi boca otra boca que besar, mi palabra, oídos que alerta siempre la esperaban como a poema. Escribí Amor con mayúscula. Fué a la palabra que más jugo le encontré.

* * *

Han pasado treinta y cinco años, treinta y cinco años son dos vidas, desde aquel domingo de Ramos, domingo abrileno que jugaba caramelos de rosas entre las lilas. Treinta y cinco años han pasado. Treinta y cinco años de oficina, de oficios y cartas y sobres azules. Treinta y cinco años metido en un lago sin encontrar orillas, ignorándome existir, perdiéndome y fatigándome. Treinta y cinco años de «buenos días» y «buenas tardes», de sombreros. Podía clasificar el tiempo por los sombreros; dos sombreros grises, uno verde, dos marrones, uno negro (luto de mi suegra), dos grises,

otro negro (luto de mi cuñada) otros dos grises y uno marrón... ¡Treinta y cinco años de sombreros!

Mi mujer tiene ya cincuenta años, los labios con sabor a lo último que come. Aquella mujer de veinticinco años que yo conocí es una patrona de casa de huéspedes. Habla, chillando; anda arrastrando los pies; los brazos, se le quedaron cortitos. ¿Dónde está aquella mujer del domingo mío?

«Ven, soledad, a fortalecerme, a beber en mi recuerdo, en mi asquerosa verdad. Mis sueños no envejecían. Vamos a pararnos en un domingo de abril, vamos a vivir ese momento de mi nacimiento segundo, de mi renacer; si quieres, del amor llegado. Estamos en la hora precisa. Tocan las campanas, mi corbata nueva tiene intranquilidad de mi fragancia. Vamos, soledad, estamos en la hora precisa. Vamos a apuñalar un momento de toda mi vida».

Esto que acabas de leer lo firma Jacobo Ruiz. Le tenía puesto el absurdo subtítulo de «autocuento». Me encontré estos papeles que dicen, poco más o menos, lo que acabas de leer en el desván de un amigo cuando persiguiendo un gato loco, en abril resbalaba por la tarde entera.

He preguntado por Jacobo Ruiz y, claro está, ha existido. Ha vivido durante setenta años en... Lo encontraron muerto un domingo de Ramos, cara al cielo, los brazos en cruz, en las ruinas del monasterio cerca de Badajoz. Tenía en la mano derecha un capuchón de cartujo, en la izquierda un ramo de lilas.



Lea Ud.

"ALCÁNTARA"

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir, dentro y fuera de nuestra región, las letras extremeñas.

FRÍO...

Para mi querido amigo Julio Mariscal Montes.

Como ciervo herido
la tarde se deshojaba
por los vales de la brisa...

La luz, faisán de plata,
en su silencio agoniza.

No le quedan jazmines a la tarde.
Ángeles de niebla fría
bajan del cielo a los llanos.

Lobos de ceniza
muerden las alamedas
marchitas...

El lebril del horizonte
huía...

(Mi voz
Te modelaba.)

Canción del alba

También para Julio Mariscal
en su Andalucía.

Por los tomillares
el alba sangrando
flor de soledades...

En una mulita
la brisa.

En un caballito
el aire.

... Y como flor de magnolia
la alborada se entreabre,
sollozando en su regazo
la sonata del paisaje...

Qué olor
de tomillares.

Cómo trota el caballito
del aire.

MANUEL TERRON ALBARRAN